

Melt *lmy*

que todo este pequeño mundo se ponga de acuerdo, la cultura minera francesa se muere. La formación es insuficiente, y los oficios relacionados con la geología ya no atraen a los jóvenes. Ahora bien, la desaparición de los últimos talentos podría impedir todo relanzamiento del sector durante largas décadas.

Nos permitimos aportar nuestra contribución a este debate pronunciándonos a favor de una renovación extractiva en Francia. No tanto en razón de la producción de valor, los nuevos ingresos fiscales o la creación de miles de empleos que ello conferiría al país esta relativa soberanía sobre sus suministros de cara a los Estados productores que tiran del nudo corredizo. El principal argumento, en nuestra opinión, es medioambiental. La reapertura de las minas en Francia sería incluso la mejor decisión ecológica posible. Porque la deslocalización de las industrias contaminantes francesas ha tenido un doble efecto perverso: ha contribuido a mantener en la ignorancia a los consumidores occidentales sobre los verdaderos costes ecológicos de nuestro modo de vida, y ha dejado el campo libre a Estados desprovistos de todo escrúpulo ecológico para extraer y tratar los minerales en condiciones mucho peores que si la producción se hubiera mantenido en Occidente.

Al contrario, relocalizar las minas en Occidente podría generar dos efectos positivos.

De entrada, tomaríamos conciencia de inmediato, estupefactos, del coste real que supone proclamarnos modernos, conectados y ecológicos. Cabe imaginar que la cercanía de las canteras nos sacaría definitivamente de la indiferencia y de la negación de la realidad, y fomentaría iniciativas para contener la contaminación ocasionada. Al no soportar la idea de vivir como los chinos, decuplicaríamos la presión sobre nuestros Gobiernos para que prohibieran a todas las compañías mineras lanzar un solo gramo de cianuro a la naturaleza, boicotea-

ñamos a los industriales que no respetan un montón de sellos de calidad verdes, nos manifestaríamos en masa contra la escandalosa obsolescencia programada de sus productos, que conduce a excavar cada vez más, exigiríamos que se invirtieran millardos de euros en investigación, a fin de que todos los metales raros fueran reciclados íntegramente. Tal vez abandonaríamos también el sacrosanto dogma del poder adquisitivo y accederíamos a gastar varias decenas de euros suplementarios en teléfonos un poco más limpios. En otras palabras, nuestra prisa por restringir la contaminación sería tal que los progresos medioambientales resultarían fulgurantes, y nuestros desmesurados hábitos de consumo se reducirían radicalmente.

En este escenario, China vería sus actividades mineras perjudicadas por la competencia de las minas occidentales. Menos dinámico, el sector extractivo chino no contaminaría tanto los suelos, los cursos de agua y la atmósfera. Y la única esperanza de Pekín de reconquistar sectores de mercado frente a consumidores ahora mejor informados y más exigentes consistiría en mejorar sus prácticas. Así, la ecología china saldría ganando con esta competición gracias al alto listón puesto por los occidentales.

Nada cambiará de manera radical mientras no experimentemos en propias carnes la totalidad del coste de nuestra felicidad estándar. La mina responsable nacional siempre será mejor que la mina irresponsable en otro país. Semejante opción sería profundamente ecológica, altruista, valiente, y conforme a la ética de responsabilidad preconizada por numerosas asociaciones medioambientales, por ejemplo cuando estas se indignan porque Francia haya sido capaz de exportar parte de sus residuos nucleares a Rusia.¹³ Afirmando, con razón, que deberíamos asumir el tratamiento de estos residuos y que es inmoral pasar la carga a otros, algunos activistas se ataron a la vía férrea e impidieron a los convoyes abandonar los almacenes. Este razo-

namiento, que se aplica a las fases finales de la cadena, es decir, al consumo de combustibles, resulta válido asimismo para la exportación de nuestras minas contaminantes, en las fases iniciales del ciclo. Así pues, en el caso de Francia, las oenegés deberían formar una cadena humana en el puerto de Le Havre para que ningún cargamento de metal procedente de China vuelva a cruzar jamás las aduanas francesas, y encadenarse a las verjas de la Asamblea Nacional hasta que se vote una ley para aprobar la puesta en marcha de una mina de tierras raras en suelo galo.

PARÍS A LA CONQUISTA DE LOS MARES

Estas mismas oenegés también deberían exigir que la República Francesa prestase mayor atención a los actos de dos misteriosas testas coronadas, Filipo Katoa y Eufenio Takal, que poseen el control de tal cantidad de tierras raras que el futuro de nuestra transición energética y digital tal vez dependa de su buena voluntad.

El 12 de julio de 2016, Filipo Katoa y Eufenio Takala, monarcas de los lejanos reinos de Alo y Sigave, subieron la escalinata del Elíseo con *manou* (una especie de pareo), traje y corbata, para asistir a una recepción celebrada en su honor. El viaje de ambos soberanos a Francia les brindó asimismo la ocasión de visitar a los presidentes de la Asamblea Nacional y del Senado, así como el Ministerio de Ultramar. Rodeados de su delegación, los señores Katoa y Takala acudían con la intención de poner sobre el tapete los retos vitales para sus respectivos territorios: acabar con el aislamiento de sus reinos, activar el dinamismo económico de su región y obtener un mejor acceso a la asistencia médica... París observa interesada y con mirada atenta las dos Coronas y se pregunta: ¿cómo perpetuar la presencia francesa en Alo y Sigave?, ¿se impone

aumentar el presupuesto de 15 millones de euros que Francia destina cada año a esta relación tan especial?, ¿cómo conjurar la aparición de veleidades irredentistas, que tanto perjudicarían a la República Francesa?

Alo y Sigave prosperan en las islas Wallis y Futuna, una colectividad de ultramar perdida en la remota Oceanía, a medio camino entre Tahití y Nueva Caledonia. Dieciséis mil kilómetros separan Mata-Utu, su capital, de París. Estos reinos polinesios constituyen el territorio francés más alejado de la metrópoli desde que un tratado de protectorado los vinculó a la República en 1887. Su importancia es tal que, durante su visita oficial a París en 2016, los dos soberanos fueron invitados por el presidente Hollande a la tribuna presidencial, al lado del primer ministro neozelandés, John Key, y del secretario de Estado de Asuntos Exteriores estadounidense, John Kerry, para asistir al desfile del 14 de julio.

En Wallis y Futuna nada sucede según las normas republicanas. Allí no rigen las leyes de descentralización, los tratados internacionales, las normativas territoriales o el código de circulación. Las costumbres locales prevalecen sobre todo lo demás, y los «dos últimos reyes de Francia»,¹⁴ dotados de un poder místico, garantizan su supremacía. Katoa y Takala son objeto de tanto respeto que, en Wallis, un miembro de la central sindical Force Ouvrière no puede desencadenar un movimiento social sin el aval —o al menos la neutralidad— de los «grandes caciques».

Sin embargo, el poder de dichos soberanos no es absoluto: deben contemporizar con las instituciones tribales así como con un jefe de ceremonias, custodio de un protocolo antediluviano. De hecho, la Administración francesa remunera al rey de Wallis con 5.500 euros al mes para que tal estado de cosas perdure.¹⁵ Como dice Pierre Simunek, exsubprefecto destinado en Mata-Utu, «Wallis y Futuna son reinos republicanos».¹⁶

Por lo demás, en Wallis y Futuna se da otra violación de los principios de la República: la ley de 1905 que estableció la separación entre la Iglesia y el Estado solo se aplica de manera parcial. El Estado ha delegado en la Iglesia, tradicionalmente muy poderosa allí, la misión del servicio público de la educación primaria. En la Asamblea territorial, los debates siempre se abren con una oración, pronunciada por el obispo, monseñor Ghislain de Rasilly. «La sesión se somete a la bendición del Espíritu Santo, se hace la señal de la cruz, y después todo el mundo empieza a tirarse los trastos a la cabeza»,¹⁷ cuenta nuestro exfuncionario del Estado.

Este menciona asimismo un detalle revelador: colgado por encima del asiento del presidente de la Asamblea, un organigrama sitúa al presidente de la República Francesa bajo las banderas de los tres reinos de Wallis y Futuna, colocadas a su vez bajo la bandera nacional, todo ello coronado por un gran crucifijo... Lo cual lleva a decir a Pierre Simunek que el prefecto y el subprefecto de Wallis y Futuna, a saber, los más altos representantes de un Estado famoso por su alergia a cuanto enarbola un cetro o un hisopo, se comportan aquí como «protectores del trono y del altar».

¡Cuántas contorsiones para perpetuar la soberanía de Francia sobre un territorio apenas mayor que la ciudad de París! Diversos motivos explican esta situación. Ante todo, las islas Wallis y Futuna han permitido extender la presencia francesa hasta el Pacífico. De ese modo, París puede reivindicar un derecho de supervisión sobre el mayor océano —y la primera zona de intercambios— del mundo, influir en las negociaciones entabladas por las organizaciones regionales (como el Fórum de las Islas del Pacífico) y promover asociaciones con numerosos Estados vecinos de facto, en especial Australia. De hecho, el último Libro Blanco de la Defensa recuerda que «las colectividades de la Polinesia francesa y de Wallis y Futuna

convierten a Francia en una potencia política y marítima en el Pacífico». ¹⁸

Sobre todo, estos reinos polinesios otorgan a Francia un acceso exclusivo a lo que todos en la zona llaman «la gran mar-mita». Desde hace varios años, la BRGM, el Instituto Francés de Investigación para la Explotación del Mar (IFREMER, por sus siglas en francés) y el grupo minero Framet codician ese gigantesco cráter submarino de veinte kilómetros de diámetro formado por el antiguo volcán Kulolasi. Al parecer, alberga un inestimable tesoro: fabulosas reservas de tierras raras.

En Wallis y Futuna, el anuncio de este descubrimiento ha generado fuertes tensiones. Temiendo que París se embolse todo el lote, los caciques proclaman su derecho ancestral sobre las tierras, tanto emergidas como sumergidas. Numerosos futunianos, a quienes representantes electos de Wallis han seguido los pasos, exigen el cese inmediato de las campañas de exploración. «Uno de los ministros del Consejo Real incluso ha amenazado con la secesión a causa de las tierras raras», ¹⁹ informa Pierre Simunek.

Las transparentes aguas de la laguna de Wallis y Futuna han resultado ser mucho más turbulentas de lo que parecía... Sin embargo, Francia se mantiene firme. «Debemos permanecer juntos. Todos juntos», insistió François Hollande en el discurso pronunciado durante la visita de los dos reyes polinesios. Tras evocar el reto que supone la explotación de los recursos minerales y submarinos, el presidente concluyó su alocución con un confortante: «¡Viva Francia, viva Wallis y Futuna, y viva la República!».

Wallis y Futuna no son las únicas islas implicadas: al parecer, las zonas económicas exclusivas de Tahití y la isla de Clipperton, en el nordeste del Pacífico, abundarían también en metales raros ocultos en el fondo del mar. Recientemente, España ha descubierto que metales raros como el telurio, el cobalto y el vanadio duermen frente a las islas Canarias. ²⁰

Otros Estados han anunciado descubrimientos similares en los océanos Pacífico y Atlántico.²¹ Empezamos a tomar conciencia de que las extensiones marinas, que ocupan el 71 % de la superficie del globo, son mucho más que desiertos líquidos azul» —las actividades económicas relacionadas con el mar— contiene un fabuloso potencial de enriquecimiento.

Sin lugar a dudas, la batalla de las tierras raras (y de la transición energética y digital) está alcanzando el fondo de los mares. Se perfila una nueva fiebre minera. El grupo canadiense Nautilus, punta de lanza en la explotación de los océanos, se dispone a lanzar operaciones frente a Papúa Nueva Guinea,²² y ha localizado una veintena de yacimientos submarinos suplementarios con vistas a operaciones futuras. Para no quedarse atrás, como siempre, China ha concebido sumergibles capaces de explorar el fondo de los mares a profundidades récord. «Pekín se posiciona gracias a unos medios económicos de los que Occidente ya no dispone —admite un especialista en geociencias marinas—. La exploración de los océanos no ha hecho más que empezar.»²³ De hecho, la Autoridad Internacional de los Fondos Marinos (ISA, por sus siglas en inglés) no da abasto a las solicitudes de permisos de exploración.

Francia está especialmente bien posicionada en esta nueva carrera. En efecto, en los últimos años París ha llevado con éxito una política de extensión de su territorio marítimo. Haciendo valer el derecho internacional del mar, definido en la Convención de Ginebra de 1958, ha arañado literalmente las zonas marítimas internacionales que rodean tierras emergidas como Guayana, Martinica, Guadalupe, Nueva Caledonia e incluso las islas Kerguelen. El conjunto del dominio marítimo francés suma hoy más de 11 millones de kilómetros cuadrados, o sea, veinte veces la superficie de la Francia continental, y, sobre todo, es el segundo más grande del mundo después del de Estados Unidos.